





MÁLAGA. Los flamencos son animales extraños. Las patas, cuando las tronchan, apuntan hacia atrás. El pico lo abren para abajo y cuando echan a volar, sus cuerpos se comprimen y toman la forma de un cor-del rectilíneo que se pliega en paralelo con el horizonte. El balanceo a una pierna lo dominan hasta el pun-to de elevar la envidia en los alumnos de yoga más aventajados hasta cotas insospechadas. Es verano, a primera hora de la mañana, pero el sol en agosto ya no hace amigos. «Para las personas ajenas al mundo de las aves, los flamencos son muy llamativos. Los flamencos siempre son muy llamativos». La conclusión es de Antonio Tamayo y la repite va-rias veces. Al mismo tiempo, va mon-tando un trípode al que luego fijará un potente objetivo que le permite acercar al ojo una escena que se está reproduciendo en una de las lagunas que se encuentra a 200 metros. El montaje recuerda a uno de estos documentales de La Dos que salvan pastosas sobremesas de verano. En total, hay cinco observatorios

y se reparten en una superficie de 64 hectáreas. Conectados por sen-

deros de arena, conforman un espa-cio único en Europa. Un giro de cabeza para arriba mezclado con un vistazo a la izquierda y asoma la cú-pula cobriza del Palacio de Deportes José María Martín Carpena. Si uno sigue virando hacia la derecha, despuntan las grúas que darán forma a las torres que se ubicarán en la zona de la Térmica. Cada cinco minutos, el silencio se rompe por las turbinas de un nuevo avión que realiza la ope-

LAS CIFRAS

64

Es el número de héctareas que ocupa el paraje natural, dentro de una isla que tiene una super ficie total de 122 héctareas.

La diversidad de especies que se puede se resume en esta cifra. La presencia es más abundante en el otoño y la primavera.

1998

Año en el que se empieza a fraguar el paraje, cuando los terrenos pasan a titularidad pública.

ración de despegue. Es temporada alta y no solo para el turismo. También para algunas aves. Aunque no todo el mundo sepa que si traspasa la zona que delimita el núcleo urbano de Guadalmar hacia el suroeste se está adentrando en una de las grandes joyas biológicas que existen en Europa. Desde 1995, Antonio hace casi a diario el viaje que separa su casa de su hogar. Tiene el pelo algo canoso, camina con determinación como quien se conoce cada palma del terreno, y luce la vestimenta la-dina de guarda medioambiental de la Junta de Andalucía. Su hogar es el paraje natural de Desembocadura del Guadalhorce. Una especie de isla en mitad de la urbanidad que delimita en su tramo final a los dos afluentes del río y da lugar a unos terrenos pantanosos. Así, se constitu-ye en Málaga este ecosistema único

en Europa y de alto valor. El sol sigue escalando. Ya no son ni las siete ni las ocho. Son las nueve de la mañana y los primeros co-rredores empiezan a trazar su reco-rrido matutino con los brazos embadurnados en crema solar. La ma-quinaria de la naturaleza va al margen v va lleva en marcha desde hace varias horas. «Esto es un diamante en bruto, por su ubicación en mitad de la ciudad», insiste Antonio como si a los malagueños en su conjunto les hubiera tocado la lotería. Es verdad que por ahora no abundan las personas en el paraje y sí lo hacen

En el paraje se pueden observar las aves de cerca. :: s. s los pájaros. Él los conoce a todos. Sabe cuándo anidan y de dónde vie-nen. Se conoce la historia que hay detrás de cada especie. El que acaba de sumergir la cabeza en una de las lagunas viene de hacer un largo viaje. Hace poco estaba en la tundra. Si los flamencos flotan sobre una pata, asegura, es señal de que están relajados. Cuentan con un mecanismo de bloqueo muscular. Dicho de otra

manera: mejor sobre una pata que sobre dos. Esto también son las co-sas bonitas de la ciencia. Resuelve dudas que uno en realidad no tenía Antonio reconoce que la posibilidad de ver el vuelo imperial de los flamencos sin salir de Málaga es moti-vo suficiente para emprender el via-je hacia el paraje. Pero los amantes de la naturaleza y los que aún no lo son del todo tienen 270 argumen-









tos potenciales más. El mismo número de especies diferentes que se pueden ver a lo largo del año.

El paraje es uno de los puntos de escala para el martín pescador, la espátula, la cigüeña negra, la gaviota de Audouin y la pagaza piquirroja. Por citar algunas de las aves más exóticas que se pueden avistar. Material suficiente para ampliar el mosaico de los aficionados a la ornitología más exigentes. Vienen de todo el mundo y aprovechan la cercanía con el aeropuerto. Los británicos son los más abundantes. Los hay que se montan en un avión por la mañana. Cuando aterrizan, se desplazan al paraje y se ponen a la caza. El Winchester es una cámara réflex y cazar es pulsar el disparador para sacar una foto de la especie deseada y que pueda ser tachada de la lista. Si toda sale bien, por la tarde ya están de vuelta a Londres Gatwick. «Hay algunos que se toman esto como una competición. Los británicos, los que más», explica Antonio y hace una mueca extraña. Uno no sabe muy bien si hay en su gesto un leve atisbo de desprecio o simplemente quiere hacer mención a la persistencia de un cierto gen conquistador.

Los habrá que se han recorrido el mundo dos o tres veces para ver pájaros. Pero la Desembocadura del Guadalhorce es un punto de peregrinaje obligatorio. En sus lagunas, que parecen plantadas de forma geométrica con la ayuda de un compás,



se muestran pájaros que, tan de cerca, se pueden ver en muy pocos lugares del planeta. A veces de la impresión de que no hay nada, pero en realidad se trata de afinar la vista y tener paciencia. La paciencia es un valor en alza en la ornitología. Es el hueso que le da sabor al caldo y hace que, cuando menos te lo esperas, aparezca una focha o una garcilla entre los pequeños conos de barro que son una constante en este terreno pantanoso.

Una diversidad tan amplia podría parecer un milagro si se calibra bien el ruido que emana del Aeropuerto de Málaga, pero el experto desmiente: «Los pájaros, si les dejas ir a lo suyo y respetas las distancias, son muy tolerantes y se hacen a todo». En el caso de Antonio, no se sabe lo que vino antes. Si la afición por los pájaros y luego el trabajo o quizá fue al revés. Si la vocación es levantarte por las mañanas e ir a trabajar en

lo que te gusta, la suyo es una plena culminación.

El promotor de la afición de Antonio Padilla fue su hija mayor. Como sabía que a su padre le gustaba la naturaleza, le regaló una suscripción a SeoBirdlife. Una asociación que viene a ser la Biblia de la ornitología. Él es de Madrid y representa a la perfección a ese aficionado enamorado de la Desembocadura del Guadalhorce. Le han propuesto el chiringuito. Él prefiere observar el águila pescadora o el águila calzada. «Me gusta escaparme a Málaga cuando puedo. Vengo por las aves marinas». El paraje es un contraste a lo que está acostumbrado de sus avistamientos en Guadalajara. «Tocayo», se saludan los al coincidir en uno de los observatorios. Al ser una afición de minorías, se aprovecha la ocasión para hacer contactos e intercambiar impresiones: «¿Eso de ahí es una malvasía cabeciblanca?». Como en todo gremio que se precia, se habla un idioma propio. Aquí reinan las terminaciones en latín y Facebook se convierte en un contenedor en el que se depositan todas las conquistas.

Los flamencos son animales extraños. Porque el calor ya ahoga, pero ellos se muestran impasibles. Solo a la última hora de la tarde, cuando el sol se pone y el cielo se tiñe en llamas, echan a volar. «Paciencia», resume Antonio. «Con paciencia, siempre se acaba viendo algo».